



Con la colaboración
de la UNIVERSIDAD
PONTIFICIA DE SALAMANCA

SE222215

SUPLEMENTO
Vida Nueva

EDITORIAL

Versos sueltos

Varios versos sueltos caracterizan este número, signo de la presencia de mujeres en el pensamiento, la acción y la fe. **Serena Noceti**, eclesióloga y una de las voces más autorizadas de la teología contemporánea, relee sesenta años después el Mensaje que **Pablo VI** dirigió a las mujeres el 8 de diciembre de 1965 al clausurar el Concilio Vaticano II. Un texto que reconocía su presencia en el mundo y en la Iglesia, pero que aún las representaba a través de las limitaciones de una visión arraigada en los estereotipos tradicionales de género. Sin embargo, esta misma distancia histórica nos permite medir el progreso alcanzado hoy: en la Iglesia, la voz femenina se ha vuelto más autónoma, plural y consciente, y en el Vaticano, las mujeres desempeñan roles que parecían impensables como los de prefecta, gobernadora, secretaria del Dicasterio o presidenta de Comisión. Una voz que viene de lejos es la de sor **Arcángela Tarabotti**, una monja veneciana del siglo XVII que, en un contexto difícil, denunció con lucidez la imposición del convento a jóvenes sin vocación religiosa, obligadas por sus familias a ingresar en clausura. Su “Inferno Monacale”, ahora reeditado, no es solo un documento histórico, sino también un texto político *ante litteram*, que denuncia la violencia de un sistema capaz de transformar la clausura en reclusión. Sin embargo, en los conventos, las mujeres de fe también demostraron cómo la santidad puede manifestarse en acción, solidaridad y decisiones arriesgadas. Por ello, ochenta años después del final de la Segunda Guerra Mundial, publicamos las cartas de agradecimiento que generales como el francés **Henri-Honoré Giraud** y los italianos **Raffaele Cadorna** y **Emanuele Pugliese** escribieron a las religiosas que actuaron con discreción y determinación en uno de los momentos más dramáticos de la historia, ayudando a la Resistencia.

También hoy, en contextos difíciles, la presencia de una mujer puede convertirse en un signo de esperanza. Es el caso de sor **Livia Ciaramella**, quien, desde hace 19 años, pasa sus días en la cárcel de Pescara. No va allí para convertir ni para juzgar, sino para habitar un espacio de fragilidad y restaurar su significado humano. Dos versos sueltos son también dos escritoras que reflexionan sobre la maternidad invitándonos a repensar la capacidad de generar vida de diferentes maneras. En una época en la que la maternidad se evoca ideológicamente, **Elena Stancanelli** y **Carola Susani**, con su libro “Mamma o non mamma”, devuelven la dignidad a cada elección: ser madre, no serlo o serlo de una manera no convencional. Porque la capacidad de procrear no se limita al cuerpo, sino que también implica pensamiento, cuidado e imaginación.

DONNE CHIESA MONDO

settimanale della Chiesa cattolica romana | 16 marzo 1971 | settembre 2025 | città del Vaticano



SGUARDI
I
V
E
R
S
I

DONNE CHIESA MONDO

Suplemento mensual

CONSEJO DE REDACCIÓN

RITANNA ARMENI
GABRIELLA BOTTANI
YVONNE DOHNA SCHLOBITTEN
CHIARA GIACCARDI
SHAHRZAD HOUSHMAND ZADEH
AMY-JILL LEVINE
GRAZIA LOPARCO
MARINELLA PERRONI
MARTA RODRÍGUEZ DÍAZ
CAROLA SUSANI
RITA PINCI (COORDINADORA)

EN REDACCIÓN

SILVIA GUIDI
VALERIA PENDENZA

Esta edición especial en castellano
(traducción de ÁNGELES
CONDE) se distribuye de forma
conjunta con VIDA NUEVA y
no se venderá por separado

www.osservatoreromano.va



“Ha llegado la hora”... sesenta años después

Relectura crítica del mensaje de Pablo VI a las mujeres

SERENA NOCETI

El 18 de diciembre de 1965, en la Plaza de San Pedro al concluir la solemne Misa de clausura del Concilio Vaticano II, se realizó un gesto sencillo, pero sumamente significativo: la lectura y entrega de siete mensajes dirigidos a distintos grupos y categorías de personas con quienes el Concilio buscaba establecer o profundizar el diálogo en la incipiente era posconciliar. Junto a los textos dirigidos a gobernantes, científicos e intelectuales, artistas, trabajadores, enfermos y jóvenes, encontramos un mensaje dirigido a mujeres y entregado a tres mujeres, que representan a “la mitad de la inmensa familia humana”. Han pasado casi 60 años desde aquella lectura pública

que, en algunos aspectos, constituyó una reinterpretación de lo afirmado por el Concilio. Hoy es imperativa una relectura del gesto y del contenido de este Mensaje.

Una entrega simbólica

Cada uno de los siete Mensajes fue leído en francés por un cardenal, acompañado por otros dos Padres Conciliares, y posteriormente entregado a un representante del grupo destinatario, junto a otros dos representantes del grupo. En el caso del Mensaje a las Mujeres, los protagonistas son particularmente significativos: el texto fue leído por el cardenal **Léon Etienne Duval**, arzobispo de Argel, hombre de diálogo, profundamente involucrado en el

proceso de paz en Argelia tras el conflicto por la independencia. Estuvo acompañado por dos obispos que fueron figuras clave del Concilio Vaticano II: el arzobispo **J. Döpfner** de Múnich (uno de los cuatro moderadores del Concilio) y el arzobispo **Raúl Silva Henríquez** de Santiago de Chile. El Mensaje fue entregado a **Laura Carta Segni**, esposa de **Antonio Segni**, expresidente de la República Italiana. Era una madre y esposa devota que apoyó a su esposo durante la enfermedad que condujo a su renuncia prematura y era también una mujer comprometida con los más pobres, como Dama de la Caridad en Sassari y en asociaciones de mujeres católicas.

Muchos de los rasgos ideales de la mujer cristiana, esbozados en el Mensaje, fueron encarnados por Laura Segni. La acompañaron dos de las veintitrés auditoras del Concilio: la francesa **Marie-Louise Monnet** y la mexicana **Luz Álvarez Icaza**. Monnet,



Pablo VI, en 1969, con las Hermanas de la Caridad de María Niña (suoredimariabambina.org)

Una lectura tradicional

El Mensaje describe las condiciones de vida de diversas categorías de mujeres –hijas, esposas, madres, viudas, vírgenes consagradas, solteras– y resulta evidente, incluso en la primera lectura, que la referencia principal, si no exclusiva, es a la dinámica familiar como espacio específico para las mujeres. Esto eclipsa la capacidad de las mujeres para cuidar la vida y construir relaciones pacíficas, eclipsando cualquier otro potencial creativo para que las mujeres hablen públicamente, que documentos del Vaticano II como *Gaudium et Spes* habían comenzado a esbozar y que Juan XXIII había reconocido solemnemente incluso antes como un “signo de los tiempos” en *Pacem in Terris*. La perspectiva es estereotipada y tradicional. A las mujeres se les reserva el espacio limitado del hogar, de las funciones de cuidado y de apoyo a los hombres; a estos se les otorga la primera línea de la acción pública en el mundo.

El mundo contemporáneo es juzgado con dureza (muy alejado de la perspectiva de *Gaudium et Spes*) como un lugar de conflicto y crisis, en riesgo de decadencia y relativismo absoluto, marcado por el egoísmo masculino y un deseo de autodestrucción, contrarrestado por una sobre exaltación del potencial de la feminidad conyugal y maternal. Mientras tanto, no hay autocrítica en una Iglesia que ha excluido, marginado y silenciado a las mujeres y que durante siglos ha afirmado la debilidad, la incapacidad y la fragilidad del sexo femenino. Pese a que se afirma que la Iglesia, a lo largo de su historia, siempre ha reconocido la igual dignidad de las mujeres y promovido su liberación. El Mensaje a las Mujeres aún no logra abarcar plenamente las grandes ideas de renovación y reforma desarrolladas por el Vaticano II. Es una relectura marcada por la parcialidad que conduce a los fundamentos seguros de una antropología de la complementariedad de lo masculino y lo femenino y al contexto arraigado de roles sociales estereotipados, justificados por motivos religiosos durante siglos.

Sesenta años después, las palabras del Mensaje resuenan hoy muy alejadas de las experiencias de la mayoría de las mujeres (pensemos en cómo se presenta a las mujeres solteras en este texto) y también ajenas a la gran lección eclesiológica del Concilio. Releerlas hoy nos permite comprender de inmediato el profundo cambio que ya se

ha producido en la Iglesia católica. Las palabras de las mujeres han adquirido visibilidad pública porque son palabras ricas por la experiencia profesional y, sobre todo, por el conocimiento bíblico y teológico; son palabras marcadas por la autoridad acumulada y cada vez más reconocidas a medida que la cuestión de los roles de autoridad y liderazgo de las mujeres en la Iglesia se plantea con lucidez y valentía. Hoy podemos proclamar con certeza las palabras del Mensaje Final: “Llega la hora, ha llegado la hora, en que la vocación de la mujer se realiza plenamente, la hora en que la mujer adquiere una influencia y un poder en la sociedad nunca antes alcanzado”.

La fuerza del cambio

Hoy reconocemos lo incompleto de la visión antropológica y teológica androcéntrica y reconocemos las heridas que la cultura y la estructura patriarcales infligen al cuerpo eclesial en su conjunto, y no solo a las mujeres. Y, sobre todo, reconocemos la fuerza del cambio que se ha producido en la recepción de la visión de la Iglesia como pueblo de Dios inclusivo y universal, como lo demuestra el conciso marco esbozado en el Documento Final del Sínodo 2021-24. Sin embargo, reconocemos que gran parte de la resistencia a este camino de una Iglesia sinodal de mujeres y hombres se expresa en palabras similares a las expresiones estereotipadas del Mensaje del Concilio a las Mujeres.

El Mensaje pedía a las mujeres comprometerse “a impregnar el espíritu de este Concilio en las instituciones, las escuelas, los hogares y la vida cotidiana”. Sin duda, ha sucedido ya que las mujeres, como “colaboradoras” del Concilio, han abrazado su visión eclesiológica y han contribuido a darle vida y vitalidad en diversos ámbitos, incluidos aquellos reservados al clero durante siglos, desde las facultades de teología hasta la Curia Romana. Ha llegado el momento de dejar de pensar en las mujeres como un grupo desfavorecido por el que trabajar, buscando una mayor inclusión porque mujeres y hombres, juntos, son y conforman la Iglesia. Por tanto, ha llegado el momento de cooperar para construir una Iglesia justa, incluso en términos de lenguaje, prácticas y relaciones de género. Releer este texto “anticuado” nos muestra el progreso logrado en estos sesenta años, pero también nos recuerda –por su motivación pastoral y la forma en que fue presentado– el poder de la intuición y el deseo de renovación.

comprometida con la pastoral ambiental y promotora de asociaciones y organizaciones para la participación y formación de laicos y laicas en el testimonio, fue la primera mujer que entró en el aula del Concilio. Álvarez Icaza asistió al Concilio junto con su esposo como coordinadores de programas y asociaciones de pastoral familiar (entonces era madre de once hijos), y aportaron una contribución clave e innovadora a la redacción del capítulo sobre matrimonio y familia en la *Gaudium et Spes*. La importancia de estas figuras sugiere un deseo de abrir (o continuar) un diálogo que se percibe como necesario. “La Iglesia” lo desea, y aquí ya vemos una primera limitación porque hablamos de “la Iglesia”, pero pensamos en la jerarquía, aunque las mujeres no son ajenas al cuerpo eclesial puesto que constituyen “la mitad de esta inmensa multitud”. Pero aquí son las destinatarias, más que las interlocutoras, de obispos y sacerdotes, quienes son los que se identifican con la voz de la Iglesia. Cabe destacar que se trata de tres mujeres laicas. Entre las auditoras en el Concilio, diez eran religiosas, pero ninguna participó en la entrega, aunque el Mensaje hace referencia explícita a “las vírgenes consagradas”.

Los generales que dieron las gracias a las monjas

Muchas religiosas fueron determinantes para salvar a miles de personas de la persecución de los nazis

FRANCESCO GRIGNETTI

Hace ochenta años, Europa despertaba libre del nazismo, rota por las pérdidas y devastada por años de guerra, pero fuerte, valiente y llena de optimismo por el futuro. La Guerra Fría aún no había estallado y era posible alegrarse juntos por la victoria del bien sobre el mal. Todos juntos. Muchos religiosos y religiosas habían arriesgado sus vidas para brindar asilo a los perseguidos, los fugitivos y los combatientes de la Resistencia. Algunos habían pagado esta generosidad incluso con sus vidas. Y este papel se reconoció abiertamente en muchos casos. Entonces la situación cambió y las distintas Liberaciones se convirtieron en una fuente de división. En Francia, en el verano de 1945, dos famosos generales se disputaban el liderazgo de la Resistencia y, potencialmente, el liderazgo político del país: **Charles de Gaulle** y **Henry Giraud**. En aquel momento, en parte por su estrecha relación con **Churchill** y **Roosevelt**, parecía que este último prevalecería. Pero las cosas cambiaron. Resulta interesante releer el libro de culto “*Mes évasions*” del general **Henri Giraud**, publicado por Hachette (1946). Páginas y páginas dedicadas a su audaz fuga de una prisión alemana y a una heroica monja vicenciana, **Hélène Studler**, de las Hijas de la Caridad, directora de un hospital católico en Metz, Alsacia, quien ayudó a al menos dos mil personas a escapar de los nazis.

“La propia hermana **Hélène** había sido encarcelada por los alemanes tras las múltiples fugas que había facilitado, y ella misma escapó de una prisión alemana para llegar a Francia a finales de 1941. Una auténtica patriota, de una inteligencia excepcional”, escribe el general. Entre muchas otras, la hermana **Studler** también ayudó a escapar a un joven oficial llamado **François Mitterrand**. La hermana **Studler**, gravemente enferma y buscada por los nazis, murió en un hospital en 1944 mientras se libraban intensos combates para liberar su ciudad natal, Metz. Cuenta la leyenda que el general **Giraud** le sostuvo las manos al morir. Dos años después, pronunció su panegírico y le concedió la Orden Nacional de la Legión de Honor y la Cruz de Guerra con Palmas. La historia de la hermana **Studler** se contó recientemente en la película “*Red de Libertad*”, del director español **Pablo Moreno**.

Un papel crucial

En Italia, otra monja desempeñó un papel crucial en la Liberación, y otro gran general lo reconoció con gratitud. De hecho, pocos saben o recuerdan que el mando del Cuerpo Voluntario para la Libertad, el organismo de enlace entre el gobierno del sur de Italia, los Aliados y los partisanos, se escondía en Milán en el Istituto della Riparazione, conocido comúnmente como el Convento de las Niñas Descarriadas, en Corso Magenta. Era el 5 de mayo de 1945

cuando a las manos de la madre superiora, **Rosa Chiarina Scolari**, llegó una carta del comandante, el general **Raffaele Cadorna**. El general no solo reconocía públicamente el gran riesgo que habían corrido la Madre **Scolari** y sus compañeras religiosas, por lo que les daba las gracias, sino que las invitaba al desfile que celebraba la Liberación de Italia. “*Reverendísima Madre General*”, escribía el comandante en jefe de toda la Resistencia Italiana, “el Comando General Militar desea expresar su más sincero agradecimiento por la cordial hospitalidad brindada en los días previos a la liberación y en la memorable noche que marcó el fin de la tiranía. Para nosotros, aquellas horas de intenso trabajo realizadas en la serena quietud de su monasterio permanecerán en nuestro más preciado recuerdo, así como los italianos sabrán un día que de estos muros surgieron las órdenes para la resurrección de la Patria”. Fue un reconocimiento importante que subrayó el carácter patriótico, y alejado de la política, de la Resistencia.

Otro famoso general italiano de la época, **Emanuele Pugliese**, tenía mucho que temer durante la ocupación nazi de Roma. Lo odiaban especialmente por dos razones: por ser judío y por haber sido el único que quiso defender la capital en octubre de 1922, cuando los hombres de **Benito Mussolini** organizaron la Marcha sobre Roma. Su fortuna residió en la hospitalidad de la Iglesia. Lo ocultaron a él y a su

A la dcha., escena de la película 'Red de libertad', y un grupo de monjas doroteas en los años 40; abajo, Helena Studler





esposa, ya ancianos ambos, en la Casa Guanelliana de Santa María de la Providencia, a las afueras de Roma. Ese lugar en 1944 albergaba a cientos de huéspedes bajo la guía de sor **Teresa Vismara**. En cuanto la ciudad fue liberada, el general escribió una carta de agradecimiento a monseñor **Alberto Arborio Mella di Sant'Elia**, maestro de cámara del Pontífice: “¡La Reverenda Madre Superiora, Sor Teresa Vismara! Don Giuseppe, al hablarme inicialmente de ella, dijo: ‘¡Es un alma santa!’”. Al principio, este juicio me pareció excesivo, pero los hechos lo han confirmado plenamente”.

Sor Vismara no se preservaba de los peligros. Más tarde confesó que cada día temía ser descubierta y fusilada. Pero la caridad era lo primero. “Ella, sin saber nada de mi situación, que Don **Giuseppe** no había creído oportuno revelarle, pero percibiendo su gravedad—de hecho, inicialmente, como me contó más tarde, incluso dudando de que mi presencia pudiera perjudicar la inmensa labor de caridad que realizaba para docenas de otros desdichados, donde atender a los mil internos del Instituto era un problema casi insalvable—, pudo devolverme la paz de espíritu”.

La carta del general Pugliese es un vívido testimonio de lo que presencié durante esos meses tras los muros de la Casa de Don Guanella. “Además de su memorable labor a mi favor, durante estos tres meses de estancia en el Instituto he podido admirar la sublime labor que realizó, acogiendo,



ocultando y alimentando (a muchos gratuitamente) a decenas de judíos, hombres y mujeres; patriotas, oficiales, soldados, carabineros y policías obligados a esconderse para no traicionar la fe jurada, organizando con aguda previsión un magistral sistema de ocultación para ellos en caso de posibles registros... todo esto, repito, lo hizo sor Vismara, plenamente consciente del peligro mortal al que se exponía”.

Proteger a los judíos

El general Pugliese también sería una figura destacada en la Italia de la posguerra, cuando, en 1946, publicó sus memorias, “Io difendo l'esercito”, en las que explicaba cómo las fuerzas armadas italianas en 1922 estaban listas para reprimir la insurrección fascista, pero finalmente el rey cambió de opinión y ordenó su desmovilización. Como es bien sabido, durante los meses

más oscuros de la ocupación nazi, las puertas de los conventos y monasterios de Europa se abrieron para acoger y proteger a muchos ciudadanos judíos. Poco a poco, esta realidad va emergiendo. Por ejemplo, la historia de las docenas de niños judíos escondidos por los salesianos en el instituto de la plaza Santa María Auxiliadora. Estos hechos ocurrieron durante el apogeo de la persecución nazi, como se relata en el libro “No abbiamo fatto che il nostro dovere”, de **Francesco Motto** y en el documental “Lo scudo dell'altro”, de **Gloria Giordani**.

Un rabino parisino, el capitán **André Zaoui**, quien se había unido al ejército francés como ministro de culto, descubrió con asombrada gratitud esta labor de ocultación de los religiosos católicos. El rabino-capitán llegó a Roma con las tropas aliadas en 1944 y escribió apresuradamente una carta al Papa **Pío XII** para agradecerle y expresarle “los sentimientos de profunda gratitud y respetuosa admiración de mis hermanos judíos por el inmenso bien y la incomparable caridad que Su Santidad ha prodigado a los judíos. En Roma, el Instituto **Pío XI** protegió a unos sesenta niños judíos durante más de seis meses. Me asombró la paternal preocupación que los responsables tuvieron por estas jóvenes almas”.

Todo esto fue escrito cuando las emociones de la guerra recién terminada aún eran abrumadoras y se pensaba poco en lo que debía o no debía decirse.



Forzadas a la clausura

El testimonio de Arcángela Tarabotti encarna a muchas mujeres que fueron encerradas por su entorno en un convento de clausura contra su voluntad

LAURA EDUATI

El engaño se escenificaba gráficamente cuando las futuras monjas eran poco más que niñas, ignorantes del verdadero significado de la vida en clausura. Padres y madres llevaban a sus hijas a conventos donde las monjas trabajaban para decorar las plantas del claustro con dulces y exquisiteces. A las muchachas se les decía entonces que

era un jardín de delicias, donde los árboles producían deliciosos alimentos. Atraídas por una vida aparentemente celestial, sin trabajo y con gran libertad de movimiento, las novicias pronto descubrían que se trataba simplemente de una cruel representación teatral. Para las jóvenes engañadas, la realidad del convento, escribe **Arcángela Tarabotti**, era, en efecto, similar

al infierno. De hecho, su imagen era mucho peor, “un pozo negro de suciedad e incomodidad”, tanto para el cuerpo como para el espíritu. Eran despojadas de todo, sacrificadas por sus familias para permitir una dote mayor para sus otras hijas destinadas al matrimonio y encerradas en el convento como en una prisión, a merced de la envidia, el rencor y la desesperación.



Tarabotti conocía bien la condición de las mujeres obligadas a hacer votos ya que, en 1615, a la edad de once años, fue llevada al convento de Sant'Anna in Castello, en Venecia, y nunca salió de él.

Enterradas en vida

Pero escribió "Inferno monacale", una obra llena de invectivas contra un sistema que obligaba a cientos de muchachas a fingir que querían vestir hábitos monásticos, pura hipocresía para ocultar las verdaderas razones de esos entierros en vida: "Queréis que una viva entre las comodidades y la pompa del mundo y que las demás permanezcan miserablemente recluidas entre mil penurias e infelicidad". Arcángela, como muchas niñas de su edad, recibió la

promesa de sus padres de que participaría en las relaciones y comodidades familiares, promesas que nunca se cumplieron. Abandonadas por sus seres queridos, las monjas obligadas también tenían que sufrir la vergüenza de pedir a sus padres el pago de la manutención anual, aproximadamente 60 ducados. Nada estaba previsto para ellas, ni siquiera por ley, ya que al ingresar al convento firmaban una escritura pública renunciando a cualquier derecho sobre el patrimonio familiar.

Para Tarabotti, las duras privaciones materiales no eran más que un aspecto áspero de la vida conventual; lo que llevaba a la desesperación a las monjas sin vocación era la privación de libertad y una convivencia malsana en un ambiente don-

de Dios solo era alabado aparentemente, pero luego ignorado por la conducta de las monjas que pasaban sus días envenenando el convento. "Il pamphlet", uno de los primeros ensayos que denunciaban la condición de la mujer, permaneció como un simple manuscrito hasta 1996 y ahora se reedita de la mano de tres investigadoras estadounidenses: **Meredith K. Ray**, **Elissa B. Weaver** y **Lynn Lara Westwater** (Edizioni di Storia e Letteratura). Las tres enriquecen el texto de Arcángela Tarabotti con valiosas anotaciones históricas y culturales, como las palabras del entonces patriarca de Venecia, **Giovanni Tiepolo**: "Si dos mil o más mujeres nobles, que en esta ciudad viven encerradas en monasterios (...) hubieran podido decidir su propio destino de otra manera, ¡qué confusión! ¡Qué pérdida! ¡Qué desorden!".

Que el convento era una solución política para eliminar a las mujeres consideradas superfluas no pasó desapercibido para Tarabotti, quien convirtió su propia experiencia en una protesta colectiva. El Concilio de Trento había impuesto recientemente la clausura estricta a las monjas, y el cambio fue tan drástico, que muchas intentaron escapar o se suicidaron. Al mismo tiempo, la Iglesia de la Contrarreforma exigía una entrevista para las aspirantes a novicias con el fin de impedir que las mujeres sin la más mínima vocación ingresaran en los conventos. Tarabotti tampoco escatima sus quejas contra esta práctica fácilmente eludible, dado que no había forma de determinar si una joven abrazaba la vida monástica por verdadera fe o más bien por las amenazas de sus padres contra "sus hijas, obligadas a entrar en los claustros".

Excluida del mercado

Elena Cassandra Tarabotti, la futura Arcángela, nació en una época histórica en la que casar a una hija se había vuelto muy caro.

Hija mayor de **Stefano Tarabotti**, químico, y **Maria Cadena de' Tolentini**, nació en 1604 en Venecia con una cojera congénita heredada de su padre, lo que, a ojos de sus padres, fue motivo suficiente para excluirla del mercado matrimonial. A menudo ocurría que las primogénitas no se casaban para amasar mayores fortunas para sus hermanas menores; de hecho, después de Elena Cassandra, nacieron seis niñas más. Una de ellas, **Lorenzina**, se casó con el abogado **Giacomo Pighetti** con gran lujo, mientras que otra, **Caterina**, se convirtió en pintora en el taller de **Alessandro** →

→ **Varotari**, conocido como Padovanino. Su condición de mujeres libres, ricas y cultas era motivo de orgullo para Arcángela y, a la vez, de una intensa envidia que la monja volcaba en sus amargos escritos. “La traicionada”, escribe, a diferencia de sus hermanas es despojada de todos sus ornamentos, rapada y obligada a vestir un hábito tosco con cinturón de cuero y una cofia similar a la de las viudas. La comparación con el Infierno de **Dante** es intensa y constante: la libertad de los familiares que quedaron atrás se convierte en un tormento para las monjas, que “tienen las aguas ante sí sin poder saborear ni la más mínima gota”.

El tormento es tan grande, escribe Tarabotti, que estas mujeres, por naturaleza “benignas, silenciosas y amorosas”, “se vuelven desdenosas y furiosas” debido a un encarcelamiento injusto y engañoso. La escritora siempre absuelve a las abadesas y monjas que se comportan injustamente, pero nunca a quienes considera culpables, es decir, a los padres y a la sociedad veneciana. Siente compasión por sus compañeras monjas, a veces un sentimiento cercano a la amistad, a menudo aplastado por las monjas “de una envidia lívida”. Mujer culta y lúcida, no se le escapa que incluso sus hermanas de sangre no habían elegido su propio destino, incluidas las tres que permanecieron solteras y que, tras la muerte de sus padres, se fueron a vivir con parientes y también terminaron en un monasterio. A los dieciséis años tomó el hábito y el nuevo nombre de Arcángela, hizo su profesión solemne a los diecinueve y fue consagrada en 1629 a los veinticinco años.

Nadie antes de Tarabotti había descrito a “las serpientes diabólicas” que conspi-



Sara Momo interpreta a Arcángela Tarabotti en 'Seicenta', en 1982

raban para encerrar a niñas inocentes en verdaderas prisiones. Sorprende que, tras los muros del convento de Sant'Anna, obligada a celebrar liturgias sin sentido, Arcángela Tarabotti pudiera cultivar una carrera literaria tan fructífera. Sus escritos, en un italiano elegante y barroco, están salpicados de citas de **Dante**, **Ariosto**, **Torquato Tasso** y **Maquiavelo**, junto con las de grandes clásicos latinos como **Ovidio** y **Séneca**. Las razones se encuentran en la historia de la República de Venecia, en conflicto con los Estados Pontificios no pocas veces. Fue en Venecia donde **Giovan Francesco Loredan**, un político muy influyente y hostil a Roma, amasó su fortuna. Quedó impresionado por los escritos de la monja y la ayudó a publicar “Paradiso monacale” en 1643, donde, en contraste, Tarabotti describe la dicha de

la vida monástica para las monjas que la eligieron con alegría. Aunque Venecia era la cuna de la prensa libre, no fue fácil encontrar editores para los demás ensayos de la monja.

Injusticia moral

Si “Infierno Monacal” parecía una piedra demasiado ardiente para lanzarla contra las instituciones de la época, tampoco Loredan tuvo el valor de usar su poder para promover otro libro de Tarabotti, “Tiranía paterna” que finalmente se publicó en Leiden (Países Bajos) bajo seudónimo, para acabar en el Índice de Libros Prohibidos por la Iglesia en 1661 bajo el título de “La semplicità ingannata”.

Tarabotti no logró cambiar el destino de las jóvenes obligadas a convertirse en monjas, salvo por algunas mejoras que los gobernantes venecianos introdujeron en los conventos, como la abolición de las camas de paja. Sin embargo, su voz, clara y potente, continuó denunciando la injusticia moral y material cometida contra las mujeres, no solo contra las religiosas. Convertida en una intelectual respetada, logró convocar en el salón de su convento a una multitud de nobles y patricios venecianos, comerciantes, escritores, poetas, frailes y embajadores, un auténtico salón literario donde se ensalzaban las cualidades de las mujeres frente a la misoginia de la época. “Si fueran del otro sexo, serían ellas quienes gobernarían el mundo”, afirmaba con sinceridad el patriarca Tiepolo. Tarabotti no podría haber estado más de acuerdo. Lo verbalizó y lo escribió durante toda su vida hasta su muerte en 1652.

Hoy libres en el Espíritu

ROSA LUPOLI

Por supuesto hoy ya no hay hijas “sobrantes” que deban ser internadas en un monasterio para evitar el pago de una dote exorbitante y, en consecuencia, ya no existe presión alguna sobre las familias para que obliguen a sus hijas a ingresar en un monasterio. De hecho, hoy en día puede decirse que la vocación monástica representa un drama para muchas familias

porque es difícil de aceptar. Durante al menos siglo y medio, el monasterio ha sido un espacio de libertad donde las mujeres llamadas por Dios pueden elegir vivir un itinerario espiritual auténticamente humano, orientado al crecimiento personal, hasta alcanzar “la medida de la plenitud de **Cristo**” (Ef. 4,13). Las imágenes de mujeres y religiosas como antaño ya ni siquiera suponen un

lejano recuerdo. Las referencias actuales son la constitución apostólica *Vultum dei quaerere* (2016) del Papa **Francisco** y la instrucción implementadora *Cor orans*, publicada dos años después.

Ha surgido una nueva representación de la vida monástica femenina, definida como contemplativa y ya no vinculada a uno de los medios que la facilitan, es decir, la clausura.

Se destaca la capacidad de autonomía, autogobierno y responsabilidad de las monjas. No son subespecies humanas que requieren protección, dirección y guía en cada acción, sino mujeres responsables de sus propias decisiones, con un gran sentido de profecía y creatividad dentro de la vasta acción del Espíritu Santo en el camino de la sororidad y de cada una de las religiosas.

“Dios está en todas partes, también en la cárcel”

Sor Livia Ciaramella entra cada día en una prisión desde hace 19 años para acompañar a los reos

FRANCESCO LO PICCOLO

Desde hace diecinueve años, sor **Livia Ciaramella** dedica su vida a quienes están tras las rejas. En unos tiempos en los que la justicia a veces pierde una parte fundamental de sí misma, es decir, la capacidad de ser también misericordia, cada mañana, de lunes a sábado, esta monja de hábito color crema y voz dulce visita la prisión de San Donato en Pescara. Permanece desde las ocho de la mañana hasta las cinco o las seis de la tarde, con una breve pausa para comer. Pasa jornadas enteras entre las celdas, los pasillos y la capilla que está sobre el teatro de la prisión abrucesca. Pasa jornadas enteras entre quienes ella llama “hermanos tras las rejas”, a los que ofrece apoyo espiritual, consuelo y una conexión humana que a muchas veces es la única posible. Sor Livia, monja desde 1977, nació en Pescara. Tiene 71 años y pertenece a la Congregación de las Hijas de los Sagrados Corazones de Jesús y María. Aporta una valiosa experiencia a su ministerio penitenciario: años como misionera en África y Albania, y un pasado como maestra infantil.

En un lugar de hierro y cemento, donde 400 personas sufren a diario la separación de una madre anciana y enferma, o de un hijo con problemas y una familia que ya no sabe a quién recurrir, sor Livia se ha ganado el título de “la mano de Dios”. No retóricamente, sino por la integridad con la que día tras día extiende la suya. Su presencia no transforma la dura realidad de la detención, pero para muchos la mejora al aportar dignidad humana y compasión, recordando que la justicia no debe reducirse a la administración del castigo.

Sor Livia, ¿dónde está Dios en la cárcel?

Dios está en todas partes, también en la cárcel. Dios está dondequiera que alguien te ayude, cuando encuentras a alguien que te escucha, te comprende y te consuela en momentos de dolor y desesperación. Ahí, en ese momento, en esa mano

extendida y en ese abrazo, está la mano de Dios. Escucho, y eso es lo fundamental que hago, y luego intento enmendar lo mejor que puedo. Escucho las preocupaciones de quienes están desamparados dentro cuando, por ejemplo, fuera sus familias se quedan sin casa porque no tienen dinero para pagar el alquiler porque su esposa perdió el trabajo o porque sus hijos no van a la escuela. El otro día los teléfonos no funcionaban: la mayoría de los presos solo tienen 10 minutos de teléfono a la semana, si les quitas incluso ese tiempo... Las tragedias pueden estallar por nada, pero no es “nada” para nosotros, los de fuera. Para ellos, esa llamada es todo lo que tienen.

Usted escucha y ayuda.

Porque son personas. Cometieron errores, pero siguen siendo personas y hay que ayudarlas. Dentro y fuera, sin prejuicios, sin poner barreras. Cualquiera puede equivocarse, yo también. Recordemos el repetido mensaje del Papa **Francisco**: no destruyamos la esperanza. Cuando salen,

también les ayudo en todo lo que puedo como a encontrar vivienda o trabajo.

¿Y convierte?, ¿son auténticas las conversiones?

Todos necesitamos ayuda. Y se nota. Se producen dos o tres conversiones al año. Alguno cuando sale de prisión, me escribe y me envía mensajes. He mantenido el contacto con muchos. Recuerdo a uno, un joven albanés, que fue bautizado, confirmado y tomó la primera comunión en la cárcel. Cuando salió, me pidió el bautismo para sus tres hijos también. El mayor tiene once años, y al padre le daba un poco de vergüenza bautizar a sus hijos en su parroquia, así que organizamos la ceremonia en la capilla de la Ciudadela de Cáritas, aquí cerca de la prisión.

¿Cómo es su día con ellos en la cárcel?

Hay encuentros los lunes en la sección penal y los viernes en la judicial. También hacemos catequesis con la ayuda de dos seminaristas y organizamos talleres en la planta baja, cerca de la capilla. Participan entre diez y quince reclusos, ya que la sala es pequeña y no caben más. Rezamos el rosario, novenas, tenemos un coro para preparar la misa que, por desgracia, se tiene que celebrar los sábados.

¿Por qué, ‘por desgracia’?

Hay menos policías de los necesarios y como al menos dos deben estar presentes en la misa, la dirección ha decidido celebrarla el sábado. Pero los sábados también están los encuentros con los familiares o con los abogados... Así que muchos no pueden venir a misa.

¿Jornadas completas?

Sin parar y sin descuidar tampoco las iniciativas que llevo a cabo con los presos cuando salen. Durante siete años, entre junio y julio, he llevado a una docena de reclusos al Santuario de Loreto con Unitalsi, la asociación católica dedicada a servir a los enfermos que los lleva en peregrinación a santuarios italianos. Su alegría es inmensa y ayudan a los voluntarios con las sillas de ruedas. Un día de amor, que es lo que les falta. Y que abre para ellos nuevos caminos. Este año, el 8 de mayo, festividad de Nuestra Señora del Rosario de Pompeya, hice traer a la prisión un rosario de 86 metros de largo que llegaba desde la primera reja hasta la iglesia. Rezamos por los pueblos y por la paz. Ese día fue elegido el Papa **León**. Espero que sea una señal de que el Papa algún día vendrá a la prisión de San Donato.



Sor Livia Ciaramella, con unos presos



Un grupo de mujeres, en el Sínodo de la Sinodalidad, en octubre de 2024

Una Iglesia sinodal... y femenina

RAFAEL LUCIANI

La sinodalidad, como figura constitutiva de la Iglesia, no será posible sin una conversión relacional. El Documento Final del Sínodo fue claro: la participación y la corresponsabilidad diferenciada de todos los bautizados, hombres y mujeres, no es un apéndice decorativo, sino una condición necesaria para una Iglesia sinodal. Las Directrices para la Fase de Implementación del Sínodo (2025-2028), publicadas el 7 de julio, nos recuerdan que esta nueva fase es un proceso plenamente eclesial que involucra a “todo el Pueblo de Dios, hombres y mujeres, en un espíritu de reciprocidad”. La clave es garantizar la participación efectiva de las mujeres en todos los procesos de toma de decisiones durante

el período 2025-2028, lo que implica su presencia activa en el discernimiento, el desarrollo, la deliberación y la evaluación de las decisiones. Para ello, se pide que los equipos sinodales –como laboratorios de sinodalidad– mantengan los criterios de composición definidos en la primera fase: laicos y laicas, sacerdotes y diáconos, personas consagradas de distintas edades, culturas y trayectorias formativas, que representen la diversidad –tanto de género como de carismas y ministerios– presente en la Iglesia.

Esto no solo enriquece el proceso sinodal, sino que refleja una Iglesia que se deja interpelar por todas las voces que inspira el Espíritu. Además, una contribución parti-

cularmente significativa de las Directrices –que no puede pasar desapercibida– es el reconocimiento del papel de las teólogas, quienes deben integrarse como expertas en investigación teológica, pastoral y canónica, al servicio de la implementación del Sínodo. Esto no es una concesión. El camino sinodal consiste en “implementar lo que el Concilio enseñó sobre la Iglesia como Pueblo de Dios”, reconociendo que hombres y mujeres han recibido el mismo don del Espíritu. Esto debe traducirse en un acceso efectivo de mujeres y hombres no ordenados a funciones de liderazgo, gobierno y pastoral. Es necesario que se experimenten modalidades para llevarlo a cabo.

Es hora de revisar la composición de los consejos pastorales, los seminarios, las dinámicas de discernimiento, desarrollo y toma de decisiones, así como los puestos de gobierno. El Sínodo nos llama a derribar los muros que, en nombre de la tradición, han invisibilizado el rostro femenino de la Iglesia. El Papa **Francisco**, durante las dos primeras fases del Sínodo (2021-24), y ahora el papa **León XIV** (2025-28), confirmando plenamente la tercera fase, nos instan a no temer la novedad de lo que el Espíritu dice a las Iglesias. Recordemos que la fase de implementación tiene como objetivo “experimentar prácticas y estructuras renovadas que hagan cada vez más sinodal la vida de la Iglesia”, pero sin una igualdad radical entre hombres y mujeres, no hay verdadera sinodalidad. Y sin sinodalidad, la Iglesia no podrá responder con credibilidad a los desafíos del tiempo presente.

¿Cuándo dejaremos de sorprendernos

RITANNA ARMENI

Una elección sin precedentes para la Iglesia en México. **María Magdalena Ibarrola y Suárez** ha sido nombrada por el cardinal **Carlos Aguiar Retes** como canciller de la Archidiócesis de la Ciudad de México, una de las más grandes del mundo. Por primera vez en 500 años, una mujer laica asume este cargo, tradicionalmente reservado para el clero. Se trata de un nombramiento histórico. Ibarrola y Suárez, vicescanciller

desde 2020 –y esto también tiene un fuerte significado simbólico–, ocupa oficialmente el cargo desde el 15 de agosto, solemne festividad de la Asunción de María. Su función es fundamental. Debe autenticar con su firma los documentos oficiales del arzobispo y de la Curia, salvaguardando la memoria jurídica e institucional de la Archidiócesis. El cardinal Aguiar Retes, también primado de México, calificó la elección como “un paso signifi-

cativo hacia una Iglesia más sinodal, corresponsable y abierta a los carismas del Pueblo de Dios”, destacando que el servicio de la canciller es “de gran importancia en la vida eclesial”, no solo por su función administrativa sino también por su valor pastoral.

La formación académica y la experiencia de Ibarrola –licenciatura en Derecho Canónico, maestría en Administración de Empresas y años de servicio eclesial y social– la convierten en



Desafiando la tradición de la dote

SABINA FADEL

Según la tradición, San **Nicolás de Bari** ayudó a tres jóvenes a escapar de la prostitución entregándoles tres sacas con dinero para asegurar una dote que les permitiera casarse. Sí, la dote, una costumbre que durante siglos ha enjaulado el futuro de generaciones enteras de jóvenes pobres. Incluso en Italia, hasta 1975, es decir, antes de la reforma del derecho de familia, era un requisito legal para las jóvenes que deseaban casarse y debían “pagar” a la familia de su marido o aportar una cantidad adecuada de bienes a la nueva pareja.

Decidir en libertad

Esta visión de la familia, y especialmente de la mujer, dista mucho de la cristiana, que aún hoy, como en tiempos de San Nicolás, brinda a muchas jóvenes la oportunidad de decidir libremente su propio futuro. Esto ocurre, por ejemplo, en China (donde, sobre todo en las zonas rurales, la tradición de las dotes para las mujeres que desean

casarse sigue pesando mucho) gracias a dos jóvenes católicos que decidieron dar el “sí quiero” precisamente renunciando a esta contribución económica. Ocurrió en Taiyuan, provincia de Shanxi, y el gesto de los dos jóvenes impresionó profundamente incluso al obispo, Monseñor **Paolo Meng Ningyou**, quien ofició la boda, elogiando a los recién casados por su valentía.

Durante su homilía, el obispo recordó que el matrimonio, según la visión cristiana, es un don gratuito y mutuo fundado en la aceptación y el cuidado. Esta es una visión casi revolucionaria, en un contexto de sólida tradición, que la Iglesia china ha promovido socialmente desde hace mucho tiempo, incluso organizando cursos de preparación al matrimonio abiertos a no creyentes.



San Nicola, de Ambrogio Lorenzetti

por el nombramiento de una mujer?



una figura destacada, una mujer cuyos estudios y experiencia son sin duda idóneos para un puesto de liderazgo. Y, por ello, su nombramiento plantea una pregunta en la Iglesia (y en la sociedad): ¿es la preparación, no el género, lo que legitima un nombramiento? Destacar constantemente que una mujer es “la primera” en un rol o función de

*Magdalena Ibarrola y Suárez,
junto al cardenal Carlos Aguiar Retes*

liderazgo se ha convertido en un proceso automático, casi repetitivo y cansado. Una justificación no solicitada que corre el riesgo de legitimar las múltiples formas de discriminación que aún existen.

La verdadera igualdad, en la Iglesia y no solo en la Iglesia, se alcanzará cuando los nombramientos importantes de mujeres dejen de ser noticia, cuando ya no sea necesario especificar el género, sino solo la competencia y la vocación.

Mientras tanto, el nombramiento de María Magdalena Ibarrola y Suárez sigue siendo una señal contundente. Y por eso, merece un Plázet. Pero debemos saber que las mujeres alcanzarán su verdadera meta cuando dejen de ser consideradas excepciones en puestos de responsabilidad, y sus nombramientos se conviertan en la norma. Ya no nos gusta el adjetivo “primera” antes del nombre de mujer.

Ser madre o no serlo

La maternidad se ha convertido en un debate abierto

Dieciséis años después, **Elena Stancanelli** y **Carola Susani** vuelven a escribirse. En 2009, publicaron un libro íntimo e insólito, “Mamma o non mamma” (Madre o no madre), una colección de cartas que entrelazaban la experiencia de la maternidad con la de su ausencia, su rechazo o su exclusión. Un libro “tan desprejuiciado que releerlo hoy casi me avergüenza”, dice Stancanelli. La idea era tan simple como valiente: que la otra explicara por qué una mujer decide tener o no un hijo. Por un

lado, Elena, que había decidido no ser madre; por el otro, Carola, que ya tenía una hija y esperaba la segunda. Eran dos mujeres, dos escritoras, dos amigas, compartiendo visiones divergentes sin conflicto, sin que ninguna pretendiera tener razón. Hoy, esa correspondencia se reabre con dos nuevas cartas que Stancanelli y Susani intercambian cuestionando una vez más con valentía el paso del tiempo, los cuerpos cambiantes, los hijos adultos y lo que queda de esa elección, o no elección, de aquel tiempo. Un círculo que se cierra

y se vuelve a abrir, porque “las parábolas nunca están completas, estamos lejos del epílogo”, como escribe Susani.

El libro regresa a las librerías como una obra ya madura, casi como **Nina**, la segunda hija de Carola. Elena Stancanelli escribe: “Lo que más me sorprende es descubrir que me he convertido en la mujer que una vez soñé ser. Ha sucedido porque soy terca como un burro... pero también porque los libros son profecías autocumplidas”. La maternidad que había rechazado con claridad y convicción ahora se presenta como una cima inexplorada, una montaña cada vez más alta que el tiempo ha vuelto inaccesible: “No me arrepiento de no haber tenido hijos. Pero sí me arrepiento de no haber permitido que mi vida siguiera su curso”, escribe con una sinceridad que corta como una cuchilla. La ilusión de poder controlarlo todo se ha revelado como lo que era: “Si no fuera por la biología, todavía estaría allí, preparando mi mochila para empezar la vida”. “Pero me parece que el tiempo ha transformado todas mis decisiones en caprichos, incluida la de no ser madre”.

¿Una condena?

Y, sin embargo, “mientras tanto –que imagina como el título de su autobiografía no escrita– hubo amor, lectura, trabajo y viajes, pero también la percepción de que se me escapaba lo más obvio, a saber, que la mayor experiencia posible es criar a un hijo, nazca como nazca”. Relee a **Elsa Morante** y afirma que “en sus libros, la maternidad es una condena... Nunca hay una madre divertida o despreocupada”. Pero es la felicidad misma, incluso más que la maternidad, la que se convierte en la verdadera pregunta abierta: “Hemos olvidado que la felicidad no llega a través de la autorrealización, sino de la realización personal. Y por eso la felicidad también es una cuestión política”. Si la maternidad puede ser un salto a lo desconocido, su error fue “no cerrar los ojos y lanzarme cuando mis dos meniscos aún estaban intactos”. “Nunca sabré qué había ahí fuera, al otro lado del río”.

Carola Susani, al otro lado del río, cuenta una historia impregnada de presente, en la que sus hijas **Clara**, que estudia en Turín, y **Nina** marcan el tiempo, alteran el equilibrio y reescriben el sentido mismo de la existencia cada día: “La parábola no se ha cumplido, estamos lejos del epílogo, pero sin duda nos encontramos en un pun-



Maternité, obra de Pablo Picasso, de 1905
(Wikimedia Commons)

to de inflexión importante en la historia. Porque es cierto, yo, que tengo dos hijas, tengo la sensación de tener una historia". Para ella, la maternidad no fue ni sacrificio ni idealización, sino una experiencia vivida en su profundidad concreta: "Incluso el envejecimiento parece justificado por una historia como esta". No es el ideal de una madre perfecta lo que la guía, sino una presencia superficial y plena: "Si bien a veces deseaba ser un poco más como esta figura de semidiosa y sufría por el abismo que me separaba de ella, al final, jugar con las niñas en el suelo entre los Legos, las muñecas y los peluches que llevaban allí tres días era lo más bonito, maravilloso, inolvidable, y si pudiera, lo haría de nuevo mañana". Y, en cualquier caso, "a pesar de todo, agradecen haber nacido".

Las dos escritoras se enfrentan a una realidad que no habían previsto. Susani confiesa su temor por el futuro de sus hijas: "El mundo asediado por las guerras y la imposición ilimitada de la fuerza" la llenan de ansiedad. "Si no hubiera tenido hijas, mi preocupación por el mundo habría sido la de Ariel en la tormenta (el espíritu del aire de la comedia de William Shakespeare, ed.), ingrátida", reflexiona, "pero tras haberlas traído al mundo, todo lo que le sucede al planeta me hace querer ocultarlas". Stancanelli argumenta además que "traer una hija al mundo es un gesto poco generoso comparado con la cantidad de personas que hay en la Tierra" y "hoy me parece casi desastroso". Pero su reflexión final es un acto de valentía y reconocimiento: "Nada saldrá como debería si las madres no son felices con sus hijos, si siguen viviendo el engaño de la competición, si esperan tenerlos hasta que sean lo suficientemente adultas, ricas y estables".

Ya no hay certezas, si acaso, dudas rigurosamente cultivadas; sin embargo, ambas expresan el deseo de un lenguaje sin prejuicios que deje espacio para la complejidad y la contradicción. El verdadero tema que ambas escritoras abordan hoy, más allá de si son madres o no, es quizás precisamente este: la posibilidad de repensar la felicidad como un asunto compartido, de desplazar el enfoque de la realización personal a las relaciones, del hacer al escuchar, del control al azar. Y si es cierto que la maternidad, como escribe Elena, "debería ser una alegre temeridad", entonces quizás el verdadero desafío sea aprender a dejar que las cosas sucedan, incluso cuando dan miedo. Esto es lo que nos hace humanos, vulnerables y, a veces, felices.



Madre Teresa y la noche del alma

TEA RANNO

Un día, Dios te llama dejando una huella de amor en tu alma que te enciende de Él y te lleva, en Su nombre y por Su amor, a trabajar en la India. Esa luz es tu fuerza, permitiéndote sembrar consuelo donde el dolor es más amargo. Una fuerza que mueve montañas. Pero es precisamente cuando empiezas a operar cuando Dios desaparece. Lo buscas y no responde, lo invocas y no aparece. En lugar de Su luz, hay ahora una oscuridad tan terrible que te da la impresión de que, dentro de ti, todo está muerto. "Señor, Dios mío (...) la hija de tu amor se ha convertido ahora en la más odiada, la que desechaste como indeseada y no amada (...). La soledad del corazón que anhela amor es insoportable".

Habitada por tanta oscuridad, ¿qué haces?, ¿vacilas?, ¿te retiras? No, hay una obra que hacer, así que sigamos adelante, difundiendo alegría, sonriendo donde hay tanta hambre de sonrisas como de alimento y medicinas. "Sonríe siempre. Las hermanas (...) creen que la intimidad con Dios y la unión con Él absorberán mi corazón. Si supieran... y cómo mi alegría es el manto con el que oculto el vacío y la miseria".

Un tormento espiritual que jamás imaginamos que la **Madre Teresa** experimentaría. Al pensar en ella, la imaginábamos como una menuda monja que

hablaba a los poderosos y se arrodillaba ante los humildes; lúcida y serena en sus acciones, irradiaba el poder del Espíritu que todo lo puede. Solo después de su muerte, el 5 de septiembre de 1997, descubriríamos, gracias a la publicación de sus cartas privadas que, en 1950 tras fundar las Misioneras de la Caridad en Calcuta, la invadió un sentimiento de abandono espiritual con el que vivió durante casi cincuenta años. Un vacío con sabor a traición, un eco del "¿por qué me has abandonado?" que gritó **Jesús** en el Calvario. Un grito que años después se convertiría en una luz de comprensión: la oscuridad de su corazón era compartir la Pasión de Jesús y por eso pudo amar la oscuridad como parte integral de su vocación.

A pesar de su tormento interior, fundó el Hogar para Moribundos en Calcuta en 1952, transformando un antiguo albergue de peregrinos –el Nirmal Hriday– en un lugar donde los moribundos pudieran morir con dignidad. "Lo primero es hacerles comprender que los amamos, que se den cuenta de que realmente hay alguien que los ama, al menos durante las pocas horas que les quedan de vida". Y precisamente allí, en ese sufrimiento, el vacío de Dios se hizo amor sanador, oración ininterrumpida y la elección de creer incluso en ausencia de consolación.

Dina, Tamar y la concubina

Los relatos bíblicos de violaciones son hoy una catequesis

Advertencia: Este artículo contiene relatos de violación y asesinato. No pretende causar más trauma a las víctimas de abuso sexual, sino asegurarles que la Biblia reconoce su dolor, exige justicia y advierte de que las respuestas violentas no funcionan.

AMY-JILL LEVINE

La Biblia nos muestra los horrores de los que somos capaces los seres humanos. Describe a padres y esposos, reyes y comunidades que abusan de las mujeres. No lo hace para enseñar que las mujeres son una propiedad ni para legitimar el abuso.

En primer lugar, las historias de la violación de **Dina** (Génesis 34), de la concubina del levita (Jueces 19-20) y de la de **Tamar** (2, Samuel 13), donde para referirse a la violencia sexual usan la palabra “anah” y reconocen los horrores del abuso sexual, pero se niegan a recurrir a soluciones fáciles ya que la violencia retributiva engendra aún más violencia. En segundo lugar, estas historias demuestran que el abuso afecta

a la familia de la víctima, al agresor y a su familia. Por ello, las familias y las comunidades también deben participar en el proceso de sanación. Cuando enseño estas historias, las víctimas vienen a mí llorando y me dicen que no sabían que la Biblia reconoce su dolor. Cuando los sacerdotes predicán sobre estos textos, podrían invitar a las víctimas a buscar sanación y la plenitud en lugar de refugiarse en la vergüenza y la desesperación.

Cuando Dina, hija de **Jacob** y **Lía**, visita a las mujeres de Siquén, es violada por el príncipe local (Génesis 34). Este episodio refleja además la vulnerabilidad de los migrantes y el poder de los líderes. El siguiente versículo dice: “Pero llegó a sentir tal afecto por Dina, hija de Jacob, que se enamoró de la muchacha y trató de conquistar su corazón. Después dijo a su padre **Jamor**: ‘Tómame esa muchacha por mujer’”. Los casos de violencia doméstica demuestran que el amor y la violencia no son mutuamente excluyentes. Hay hombres que golpean a sus esposas y luego,

al ver las contusiones y los huesos rotos, se arrepienten y declaran su amor. Y hay mujeres que se creen estas declaraciones y siguen adelante con el matrimonio recibiendo continuas palizas.

Pregunta abierta

El padre del príncipe, vislumbrando las oportunidades económicas, propone que los israelitas y los siquemitas se casen. Pero los hermanos de Dina, horrorizados por el trato que recibía su hermana, engañan a los siquemitas para que se circunciden y así poder casarse con mujeres israelitas. Tres días después, con los hombres siquemitas todavía convalcientes, los hermanos de Dina acuden al rescate de la joven, matan a los hombres y capturan a las mujeres siquemitas y a los niños. Estas mujeres podrían muy bien convertirse en las parejas sexuales de quienes asesinaron a sus padres, esposos, hermanos e hijos. Jacob condena a sus hijos por esta violencia, y ellos responden: “¿Y debería nuestra hermana haber sido tratada como una prostituta?” (Génesis 34, 31). Este es uno de los pocos textos bíblicos que termina con una pregunta. La respuesta es claramente “no”, pero perpetrar más violaciones y destrucción tampoco es el camino. Debido a las acciones de sus hijos, Jacob se ve obligado a marcharse y, durante el viaje, su segunda esposa, Raquel, muere al dar a luz.

Dina, cuyo nombre deriva de la palabra hebrea para “juicio”, nunca habla. Pero su historia invita a las víctimas de abuso a expresar su propio juicio. En Jueces 19, los hombres de Guibeá, ciudad benjaminita, quieren abusar del huésped de un anciano, un levita que junto con su concubina le ha solicitado hospitalidad. El anfitrión dice: “Ahí está mi hija, que es virgen, y la concubina de él. Voy a sacarlas; forzadlas y haced con ellas lo que mejor os parezca. Pero con este hombre no cometáis tal infamia” (Jueces 19, 24; cf. Génesis 19, la historia de Sodoma).

Cuando los hombres rechazan la oferta, el levita echa a la concubina. La concubina es violada por todos los hombres. A la mañana siguiente, el levita la encuentra inmóvil con las manos en el umbral de la puerta. No sabe si está muerta o no, pero la carga en su burro y se la lleva a casa. La corta en doce pedazos que envía a las demás tribus israelitas como llamada a la batalla. Las otras tribus diezman a la



Amnón y Tamar (artista desconocido), 1650-1700, en el Museo de Arte de Atlanta



Arriba, *El rapto de Dina*, por James Tissot, 1850;
 Abajo, *El levita de Efraín*, por A.F. Caminafe, 1837

tribu de **Benjamín**, matando también a todas las mujeres. Debido a que “han sido exterminadas las mujeres de Benjamín” (Jueces 21,16) y los demás israelitas han jurado que no darán sus hijas a Benjamín en matrimonio (Jueces 21, 21), las tribus matan a todos los habitantes de Jabes de Galaad, excepto a cuatrocientas jóvenes vírgenes (Jueces 21,10-12), que entregan a los benjamitas. Necesitando más mujeres, los benjaminitas raptan vírgenes de Siló (Jueces 21,19-21).

El libro de los Jueces termina: “En aquel tiempo no había rey en Israel. Y cada uno hacía lo que le parecía bien” (Jueces 21, 25). Pero una monarquía no es garantía de justicia. En 2 Samuel 13, **Amnón**, el hijo de **David**, viola a su media hermana Tamar. Pero, a diferencia del príncipe que ama a Dina, “después Amnón le cobró una aversión mucho mayor que el amor con que la había amado. Y le dijo: ‘Levántate y vete’”. (2 Samuel 13, 16). Así que “Tamar se quedó desolada en casa de su hermano



Absalón”. (2 Samuel 13, 20). David no quería ofender a su hijo Amnón, porque lo amaba mucho, pues era su primogénito (2 Samuel 13, 21), y se negó, al igual que Jacob, a reaccionar ante la violación de su hija. Absalón mata a su medio hermano Amnón y luego inicia una guerra civil contra David. La violación conduce al asesinato, a la guerra y a más muertes y a más violaciones cuando Absalón tiene relaciones con las concubinas de David en el palacio (2 Samuel 16, 22).

Sacerdotes bienintencionados les dicen a las mujeres en relaciones abusivas que, como **Jesús** prohíbe el divorcio (Marcos

10, 2-12), deben permanecer encadenadas a sus maridos violentos. No se les dice que Jesús permite el divorcio en aquellos casos que el griego del Antiguo Testamento llama “porneia”, donde se puede incluir la violencia doméstica (Mateo 5, 32). A las esposas se les dice: “Igualmente, que las mujeres estén a disposición de sus propios maridos, de modo que, si hay algunos que son reacios a la Palabra, se convengan por la conducta de las mujeres y sin necesidad de palabras” (1 Pedro 3,1). Pedro se dirige a las mujeres cristianas casadas con hombres paganos y reconoce que las protestas de las esposas pueden poner en peligro a la Iglesia. Hoy en día, lo que pone en peligro a la Iglesia es el silencio de las mujeres víctimas de violencia, lo que sugiere que la Iglesia consiente la violencia doméstica.

A las esposas se les dice que, dado que Pablo enseña que “como la Iglesia se somete a Cristo, así también las mujeres a sus maridos en todo” (Efesios 5, 24), deben someterse al abuso mental y físico. No se les dice que Pablo insiste en que el matrimonio está llamado a la paz, no a la violencia (1 Corintios 7, 15). No se les dice que **Pablo** les dice a los esposos: “Así deben también los maridos amar a sus mujeres, como cuerpos suyos que son. Amar a su mujer es amarse a sí mismo. Pues nadie jamás ha odiado su propia carne, sino que le da alimento y calor, como Cristo hace con la Iglesia, porque somos miembros de su cuerpo. Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer y serán los dos una sola carne. Es este un gran misterio: y yo lo refiero a Cristo y a la Iglesia. En una palabra, que cada uno de vosotros ame a su mujer como a sí mismo, y que la mujer respete al marido”. (Efesios 5, 28-33). Si un esposo se niega a este deber y maltrata a su esposa, la Iglesia debe intervenir. Jesús enseña: “Si tu hermano peca contra ti, repréndelo estando los dos a solas. Si te hace caso, has salvado a tu hermano. Si no te hace caso, llama a otro o a otros dos, para que todo el asunto quede confirmado por boca de dos o tres testigos. Si no les hace caso, díselo a la comunidad, y si no hace caso ni siquiera a la comunidad, considéralo como un pagano o un publicano” (Mateo 18, 15-17).

La Biblia exige que las víctimas reciban apoyo, nos recuerda que quienes cometen violencia también son nuestros familiares, reconoce que el abuso ocurre en todas las familias y demuestra que no se puede responder a la violencia con violencia. Sus historias de dolor podrían ser una fuente de sanación si se compartieran un poco más.



Universidad Pontificia de Salamanca

UNIVERSIDAD DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Comprometidos con un futuro excelente



www.upsa.es

Universidad patrocinadora de este suplemento